

El valor del cine

JORGE BERLANGA *

LA primavera suele ser la estación del año preferida por los profesionales de la cinematografía para evaluar la producción del año anterior y conceder respectivos premios a la mejor labor en los distintos campos de la industria. La duda en estos casos es si el reconocimiento debe ser hecho a la calidad o a la cantidad, o lo que es lo mismo, al valor artístico de las películas o a su éxito comercial durante el tiempo transcurrido desde su estreno. Aunque muchas veces puedan conjugarse ambos conceptos, y ese debe ser el ideal, es una realidad el que la dicotomía entre arte e industria sigue existiendo, y los planteamientos dispares siguen dividiendo criterios en un oficio en el que el dinero es elemento fundamental que condiciona la creación.

La Academia de Hollywood eligió sus nominaciones para los Osear, siendo dato a destacar este año la nutrida presencia del cine producido fuera de los Estados Unidos aspirando por las codiciadas estatuillas, un hecho casi excepcional que rompe el habitual coto cerrado de la industria americana a la hora de conceder premios y que invita a la reflexión sobre la crisis de ideas que arrastra últimamente el cine hollywoodiense. No deja de sorprender que



Verónica Porqué.

«El último emperador, película de producción enteramente europea, fuera la que contara con más nominaciones, con nueve en total; que en el apartado al premio a la mejor película, junto a ésta, también estuviera la británica «Esperanza y gloria»; que entre los cinco directores nominados, ninguno hubiese nacido en América, llamando la atención un realizador sueco casi desconocido, Lasse Hallström, por su película «Mi vida como un perro», o que entre los mejores actores estuviese Marcello Mastroianni, por su trabajo en «Ojos negros», de Nikita Mikhalkov. Claro que todos podrían optar al Osear al cumplir los requisitos exigidos por la Academia a la hora de conceder sus galardones, que es el de ser películas rodadas en inglés, estrenadas en Los Ángeles durante el año precedente y contar con un notable éxito de crítica y público. De cualquier manera, el hecho es lo suficientemente significativo como para mirar con optimismo el resurgimiento del cine europeo. También entre las películas nominadas de habla no inglesa, todas eran europeas, contando con

* Madrid, 1958. Licenciado en Filosofía y Letras. Crítico de

la española «Asignatura aprobada», de José Luis Garcí.

Que España no es Hollywood, eso no lo duda nadie, pero aquí también tenemos nuestra propia Academia de Artes y Ciencias Cinematográficas, creada el año pasado a imagen y semejanza de la americana, que concede a su vez sus premios. A falta de Osear, buenos son Goyas. En la edición de este año, las dos películas que se llevaron el gato al agua fueron «Divinas palabras» y, sobre todo, «El bosque animado», que se llevó el premio a la mejor película. El Goya al mejor director se lo llevó José Luis Garcí; el del mejor actor, Alfredo Landa, y el de mejor actriz, Verónica Forqué, que también obtuvo el de mejor secundaria. Todo ello en una ceremonia excesivamente larga y tediosa, que poco tenía que ver, a pesar de intentar imitarla, con el radiante espectáculo que es la entrega de los Osear. Con notables ausencias, y despidiendo un cierto aire de oficialismo pomposo y autocomplaciente, transcurrió un año más la fiesta de esta Academia, que nació desde el principio con mal pie. Allí se reveló que la película «El Dorado», de Carlos Saura, representará a nuestro país en el Festival de Cannes, aunque sobró un ridículo pasaje de dibujos animados, dando una innecesaria justificación al gasto de mil millones de pesetas que ha superado la producción del film.

Desamor y lujo

SE esperaba el estreno de la última película de Pedro Almodóvar: «Mujeres al borde de un ataque de nervios», como el acontecimiento más jugoso de la temporada, y el realizador manchego no defraudó a sus numeroso seguidores. El haberse conver-

tido en el cineasta español con mayor reconocimiento internacional parece haberle hecho tomarse su trabajo más en serio y madurar en estilo. Su última obra, tras anteriores tanteos dramáticos, vuelve por los fueros de la comedia, que en este caso busca intencionadamente la sofisticación y la estética del cine de amor y lujo de los años cincuenta y primeros sesenta. Con una espléndida fotografía de José Luis Alcaíne, que ha logrado el grado de artificiosidad e irrealidad exigidos, las protagonistas de la película se mueven en un universo de elegante disparate, arrastrando sus males de amor de mujeres abandonadas con cierta insensatez e inconsciencia, como si no acabasen de creerse lo que ocurre. Una actriz abandonada por un conocido actor de doblaje tiene que aguantar la presencia de su voz en las películas; la antigua mujer de éste acaba de salir del manicomio dispuesta a no perderle, si es necesario, a golpe de pistola. Mientras, él se dispone a viajar al extranjero con una nueva amante. El enredo es clásico, pero con el conocido toque personal de Almodóvar, que brilla en los diálogos y en el estupendo trabajo de las actrices Carmen Maura, Julieta Serrano, Kity Manver y, especialmente, dos auténticas revelaciones llamadas María Barranco y Rossy de Palma.

Muy diferente es otra película española estrenada durante este tiempo: «Jarrapellejos», de Antonio Giménez Rico. Subiéndose al carro de la moda del drama rural que produjo el éxito de «Los santos inocentes», esta película no dice nada nuevo, siguiendo el esquema clásico del cacique poderoso que manda a su antojo en un pueblo, los señoritos que hacen lo que les viene en gana y los campesinos que son explotados, a la

/en Spielberg.

vez que víctimas de vejaciones e incluso de asesinato. Aunque formalmente correcta, es una película que se antoja manida y algo rancia. Con algunos problemas de sonido en exteriores, destaca, sin embargo, un buen trabajo de los actores, especialmente los secundarios Juan Diego, Carlos Tristano y Miguel Relian, aunque la historia tiene algunas lagunas argumentales debidas, sin duda, a fallos en la adaptación de la novela original de Felipe Trigo.

El imperio de Spielberg



SE aguardaba con curiosidad el estreno de la última película dirigida por Steven Spielberg: «El imperio del sol», gran derrotada en las nominaciones de los Osear de este año. Llama la atención en la filmografía de Spielberg su fidelidad a un equipo técnico con el que se entiende a la perfección y, por el contrario, la variedad de guionistas que ha utilizado para corresponder a las necesidades intercambiables de sus films. La elección de Tom Stoppard, en este caso, para adaptar la novela autobiográfica de J. G. Ballard, no parece encajar demasiado con sus aficiones. Spielberg es un autor industrial, mientras que Stoppard es un escritor de agrio humor, demostrado en títulos como «Brazil», «Desesperación» o «El factor humano». Le correspondería en este caso la dureza aplicada al señalar el carácter y la evolución de Jamie, el pequeño niño mimado de la colonia inglesa de Shangai, a quien la guerra y la soledad, al ser arrancado de los brazos de su familia, le obligan a madurar solidificando un sentimiento que, por primera vez en Spielberg, conduce la fantasía a la

frontera con el trastorno, y al éxtasis ante los extraordinarios acontecimientos que lo envuelven hasta el desvarío alucinado.

Mientras sus compatriotas británicos reciben un trato casi vejatorio en su rendición moral ante la prisión y la decadencia de sus costumbres en el campo de concentración, Jamie es un héroe difícil, casi antipático, un auténtico Robinsón, cuya degeneración progresiva pasa por un meticuloso recorrido que no pierde la admiración de Spielberg. El director contempla a menudo la existencia desde la inocencia, pero «El imperio del sol» revela que su mirada se ha endurecido. En la primera media hora asistimos a los secretos de una mente organizativa en la puesta en escena, el toque Spielberg. Este toque es la búsqueda de un estado de emoción que viene configurado por las representaciones visuales y los movimientos de cámara, que nos hacen ver un paisaje del mundo como si fuese un cuadro engañoso. Pero la perfección narrativa nos hace descubrir, tras dos horas largas de película, que los primeros acontecimientos de su historia quedan tan remotos como casi se han borrado de la memoria del niño los rasgos de sus padres y la opulencia del imperio. Spielberg aborda el antiguo y casi olvidado género del drama río novelesco, aunque se le vaya la mano en el detallismo y en la extensión. De cualquier modo, la magnificencia y el espectáculo en el cine de hoy siguen llamándose Spielberg.

Comedias americanas

PODEMOS encontrar actualmente en cartelera un buen número de comedias americanas

de notable éxito comercial. Bien representada en las nominaciones a los Osear se encuentra «Hechizo de luna», dirigida por Norman Jewison. Se trata de una película deliciosa, llena de humor y romanticismo, sobre las relaciones y celos de una excéntrica familia de emigrantes italianos en Nueva York. Cada uno de los personajes cree que controla su propia vida, hasta que una embrujada luna aparece sobre la ciudad e ilumina nuevas pasiones que crecen dentro de ellos. Loretta, una viuda a punto de casarse de nuevo, conoce a su futuro cuñado, un obcecado y apasionado panadero, y se enamora de él. La madre de ella es una inteligente e irónica señora que intenta comprender por qué los hombres, y en particular su marido, andan a la caza de mujeres. Descubre los motivos de la infidelidad de su marido cuando conoce ella misma a otro hombre, un encantador pero inescrupuloso profesor. La complejidad de los problemas involucra a toda la familia, incluidos una pareja de tíos y el abuelo. Bajo el hechizo de la luna, todos viven un sueño de amoríos inesperados. Cada uno contribuirá a la solución inesperada, cuando sus lealtades y secretos salgan a la luz en un desayuno familiar. La película, excelentemente llevada en su trama por el director Jewison, es una maravilla de sencillez, eficacia y encanto, donde hay que destacar el magnífico trabajo de los actores, especialmente Cher, encarnando a Loretta, la viuda casadera y, especialmente, Olympia Dukakis, caracterizando a su madre, sin olvidar al divertido abuelo, Feodor Chaliapin.

Hay quien tiene problemas en la familia y quien de repente se encuentra con una familia inesperada que le da problemas. Sobre este tema, se han estrenado dos



Olympia Dukakis, en «Hechizo de luna».

películas de parecido argumento: «Tres hombres y un bebé», de Leonard Nimoy, y «Baby, tú vales mucho», de Charles Shyer. La primera, siguiendo la reciente costumbre del cine americano de adaptar argumentos de películas europeas, es una segunda versión de un film francés, «Tres solteros y un biberón», de Coline Serrault, una comedia francesa que narra un argumento peculiar: tres amigos solteros que compartían un piso encontraban en la puerta de su apartamento a un bebé de pocos meses. A pesar de su vida independiente y del egoísmo que presidía sus libertades y libertinajes, no tenían más remedio que recoger el hallazgo. Así empezaba una situación que, entre la carajada y la ternura, pasaba de la incomodidad a la realización personal de la paternidad. La película, en su nueva versión americana, aunque con algún rasgo de humor ligero, ha perdido ternura y capacidad de sorpresa respecto al original, mientras la intriga del narcotráfico incluida en su acción, y su resolución, está, tal vez, mejor conseguida y más próxima al thriller estadounidense que a la comedia policíaca francesa. Por

otro lado, la aparición de actores populares como Tom Selleck, Steve Guttenberg o Ted Danson, hace que sus rostros tengan más protagonismo ante la cámara que sus colegas en la aventura francesa. De todas formas, el film demuestra que la corrección hoy en el cine está alejada de la efectividad, en unos tiempos donde se agradece más el producto original, que cada vez es más raro de hallar.

Respecto a «Baby, tú vales mucho» puede decirse que tiene un planteamiento muy similar a la anterior, sólo que en este caso la soltera independiente que se encuentra con un inesperado bebé es una mujer, arquetipo de la ejecutiva con carrera, a la que llaman «la tigresa», por su fiereza en los negocios, quien, antes de acudir a la reunión más importante de su carrera, descubre que ha heredado un bebé de trece meses. El trastorno que en su vida de «yuppie» liberada le ocasiona esta inesperada maternidad es total. Tiene problemas con su novio, en

el trabajo, no consigue encontrar a nadie que se ocupe del bebé, hasta que se decide a escapar al campo. Allí descubre que las prioridades de su vida han cambiado. Se da cuenta de que puede tenerlo todo, pero en sus propios términos, lejos del papel de «tigresa» agresiva en la selva de los negocios, todo gracias al bebé. En resumen, una comedia agradable de ver, que busca la sencillez y la ternura en contrapunto del mundo deshumanizado de los jóvenes profesionales de hoy, que sirve más que nada para que Diane Keaton se luzca en su interpretación.

Más iconoclasta es «Algo salvaje», de Jonathan Demme. Aquí también se trata de un «yuppie» que ve de repente trastornada su vida por una aparición, pero el bebé en este caso es una atractiva señorita con una peluca a lo Louise Brooks, que lo arrastra a una jornada de emociones inesperadas. La atracción por lo prohibido incita al protagonista a seguir a Lulú, que así se llama la chica, en un recorrido disparatado, salvaje y provocador, bebiendo, robando y yéndose sin pagar de los locales públicos, hasta llegar, como paradoja máxima, a asistir al baile de antiguos alumnos de la escuela de la muchacha, con aparición de un antiguo novio de la misma cuya locura deja a la interfecta en comparación convertida en una hermanita de la caridad. Las tribulaciones del «yuppie» en todo este demente maremagnum, constituyen la base de una comedia sumamente divertida con fondo romántico, que maneja en buena cantidad ciertas claves postmodernas del cine más reciente, y en la que destaca la presencia de la estimulante Melanie Griffith, el buen hacer de Jeff Daniels y la inquietante presencia de Ray Liotta.



Diane Keaton, en «Baby, tú vales mucho».